Al Salon de Lectura de San Cristóbal.
El autor

Vicente Dávila

VERDADES

CARACAS
IMPRENTA BOLIVAR
1900

AL PUEBLO

Este libro es amargo y doloroso pero es sincero, porque está estampado con el sello de la verdad.

"De la verdad que es la única luz segura que iluminará el oscurantismo y nos salvará del mal que nos rodea."

"De la verdad.... que hará proscripción de tanto miserable y tanto farsante que, decantando Verdad, Justicia y Libertad; la empequeñecen, corrompen y destruyen."

Sólo tiene un objeto: corregir abusos, desechar la corrupción y maldecir la infamia.

Y tiende á un fin á mejorar las diversas agrupaciones sociales para bien de la sociedad, progreso del país y gloria de la humanidad.

Es dedicado al pueblo.

Al gran jornalero de todas las ideas Redentoras.

A la víctima sufrida de todos los atentados.

Y al instrumento pueril de todos los tiranos.

Y como hecho para él, lo he escrito en el lenguaje que mejor pueda comprenderlo; en el lenguaje de la verdad.

En estos artículos inicio algunas ideas y reformas.

Todas ellas tienden á mejorar la suerte de los desgraciados, á enjugar sus lágrimas y á aliviar en algo sus dolores.

Marcaré estos artículos con números romanos, porque, como dice Arboleda, en este siglo y esta tierra, que tienen tanto de romántico, y tan poco de romano, el uso de estos números antiguos se han hecho tan necesario para convencer, como se hará necesaria la férula para mandar, agrego yo.

Vicente Dávila.

Caracas: Diciembre de 1900.

I

LAS CABEZAS GRISES

—

Allí van los cansados luchadores de la vida. Los asíduos jornaleros de todas las ideas. Descubrios ante ellos.

Son los apóstoles de todas las verdades. Los sacerdotes de todos los errores. Y los supremos pontífices de todas las maldades.

Unos, llevan nimbos de gloria sobre su frente; claridades de aurora en la pupila; y sonrisa de ángel en los labios. Son los viejos pensadores.

Allí cada cana es un pensamiento, cada pensamiento una máxima, y cada máxima una sentencia.

Buscad su sombra y cobijáos con sus ramas.

Otros ostentan corona de virtudes sobre sus sienes. En su mirada hay bondades de las almas buenas. Y juega en sus labios sonrisa de mujer cándida.

Son los veteranos del trabajo. Sus canas son veneradas, porque las ha consagrado la buena fe de su palabra.

La calumnia no puede clavar allí su diente artero

Y esas cabezas semi-blancas, inmaculadas, son como las mujeres hermosas y desnudas, inviolables.

Su compañía es prueba de que somos virtuosos y amamos la honradez.

Esotros, brilla en sus cabezas resplandores de majestad. Se asemejan á Dios.

Sus ojos despiden penetrantes vapores de fecundidad. Y en sus labios suspira aún la sonrisa de la infancia.

Son los augustos soberanos del hogar. Los formadores de la Humanidad. Su corona de canas, á semejanza de los nidajes de las águilas andinas, son emporios de vida. Huelen á génesis. Como vestigios de huevos fecundados.

La Naturaleza sonríe al contempla

puesto que mira en ellos el "Creced y multiplicáos."

La gran ley de la Creación.

Cuando os sintáis impotentes, besad esas canas, sus besos son fecundantes.

Aquellos, en sus sucias y desgreñadas canas llevan el sello de la horfandad y la desgracia.

Sus pupilas despiden extertores de hambre.

Y en sus labios se extingue la pálida mueca del que pide.

Son los sombríos representantes de todas las miserias sociales.

Restos podridos de la crápula y la orgía. La última etapa del granuja. La constante pesadilla del viandante.

El asqueroso mendigo de las calles públicas.

Huid de ellos porque no saben sino maldecir, su aliento apesta y su gemir no mueve á compasión sino á desprecio.

Y aquellos, oh! Cada cana es testigo, mudo, pero elocuente de un crimen, de una infamia.

En su mirar hay algo del bandido y algo del hombre perseguido por las leyes.

Y en su sonrisa alevosa y fría, la per[illegible] del reptil que besa para morder.

Son los eternos estafadores de la Patria. Los compradores de conciencias y corruptores de la virtud.

En ellos, sus vicios se cuentan por sus años, y sus años por sus maldades.

Han oficiado siempre en el altar de todos los errores. Se han prestado gustosos á todas las bajezas y han comulgado con todas las impudicias. Y por eso desconocen la verdad, se burlan del carácter y detestan el honor.

Se creyeron intocables, pero al romperles el pedestal de sus efímeras alturas, cayeron tristemente y se encontraron solos, con su conciencia, su ineptitud y cobardía.

Oh! en ellos cada cana es una energía menos, un reproche de los suyos y á veces una maldición.

Miradlos con lástima.

Porque doquiera que vayan llevan un fardo que los agobia: la conciencia. Una chusma que los insulta: la plebe.

Y una mano que los señala: la Historia.

Y aquellos otros, sus guirnaldas de blancas canas son laureles, son glorias. En su mirar hay algo todavía del brillo épico de las batallas.

Y sus sonrisas son gestos de mandato.

Oh! los infatigables veteranos del combate. Los que llevan sus frentes tostadas por el sol y humeadas por la pólvora.

Paso á los héroes; que han sido consagrados por la victoria y marcados con honrosas cicatrices por el plomo.

Sus años son proezas y sus glorias los hacen intocables. Pero pasó para ellos la vida de la lucha. Y hoy solo deben descansar en sus hogares, á la sombra feliz de sus laureles. Abrid paso los viejos veteranos de la espada.

Que ya cumplieron su misión para con la Patria.

Hoy son reliquias. Y ellos gustosos, dejan sus puéstos á la juventud que se levanta.

Porque ellos mismos se ven ineptos y comprendiendo su deber, se retiran del escenario de la vida pública. Honor á su conducta. Esto los hace grandes.

Y allá, en su retiro, irá la juventud á escuchar los consejos de sus labios.

La juventud, la de los grandes resultados y de hechos rápidos y positivos, tantos en los torneos cívicos como en los

campos de combate, se pone de pie y descubierta, asiste al desfile silencioso de todos los viejos veteranos de la espada, del talento, del error, de la verdad y de la infamia.

II

LAS CABEZAS SERVILES

—

Parece que un viento de corrupción azota tanto la frente de los pensadores, como la frente de los parias; como que un miasma deletereo invade las conciencias y un peso abrumador inclina los caracteres.

Somos jóvenes, niños aún en la larga vida de las naciones, y ya tenemos en nuestras costumbres los vicios y resabios de las viejas monarquías.

El carácter, la dignidad y la energía, virtudes éstas con las cuales debe contar todo pueblo que pretenda avanzar en la ruta del progreso, si no están extintas, al menos se encuentran eclipsadas, ener-

vadas y reemplazadas por sus contrarios vicios.

Allí el servilismo, la desvergüenza y la ineptitud oficiando, como dignos sacerdotes de las nulidades.

El servilismo, camino el más fácil, pero también el más vergonzoso de todos los senderos que trilla el hombre para llegar á las alturas.

El servilismo es una fórmula social de la civilizacion, porque es una muestra patente de corrupción; y la mayor corrupción de las conciencias no se encuentra sino en los grandes centros civilizados.

Parece que los hombres, al encontrarse con su carácter enervado, sus energías caídas y depravadas sus conciencias, ya por la vida ociosa de crápula y orgia, y siempre en su constante anhelo de subir á las alturas, aceptan la abyección y el servilismo, camino el más bajo, pero el único accesible para ellos, los sin carácter, sin energías y dignidad.

Es culpa del hombre ó del medio en donde vive? Se está obligado á vencer el ambiente que lo rodea y, como el profeta de la leyenda, á salir ileso de la cueva de los leones? O hay algo supe-

rior al medio, al ambiente, á la costumbre? Sí, lo hay.

La dignidad personal, que ni es fórmula social, ni es costumbre de uno ú otro pueblo; sino que es el hombre en sí.

El alma de la humanidad!

La grandeza de las naciones! Quitad la dignidad y quedará un paria, un esclavo á voluntad; y el hombre que abdica sus derechos se convierte en cosa.

En cosa que se vende á cualquier precio.

De ahí el mercado de la conciencias, la pública subasta de los caracteres y la feria del honor.

Y este servilismo, fórmula degradante de una civilización que retrocede, ha invadido los ramos políticos, sociales y hasta intelectuales.

Contemplad esa agrupación: ahí están los hombres de todas las épocas; las medianías que á fuerza de inclinarse, lo contrario de todo lo que se inclina, se han hecho grandes, y los representantes de todas las bajezas.

Ahí, de fila, descubiertos, unos de pie y otros de rodillas, pero todos con el incensario en mano, y las cabezas inclinadas; riéndose de todos los que bajan

del poder y dando un "¡hurra!" á todos los que suben.

Y en esa agrupación de los viejos veteranos del incensario, como si dijéramos, de los viejos sacristanes de parroquia, mezclados y confundidos en el mismo oficio, una parte de la juventud que viene á ensayar sus talentos de sacristía.

Eso es triste y es doloroso, pero es verdad.

No me extraña que los hombres de ayer sigan en su oficio, pero sí lamento que haya hombres que vengan á empezar su vida quemando incienso y de rodillas.

Y es que hay una gran equivocación: se ha creído, casi siempre, que para llegar á las alturas del poder no hay otras gradas que las gradas de la abyección.

Hoy los hechos prueban lo contrario. Y por fortuna para mi patria, el hombre que rige sus destinos fué educado en la escuela de la dignidad, del carácter y del honor.

Y es una verdad, y es lógico, que quien siempre ha sido digno, enérgico y valiente, no exije, sino rechaza las fórmulas bajas, abyectas y cobardes.

Y parece que ha llegado la última hora

de esa triste agrupación, digna representante de la política servil.

Ved esa otra agrupación: son los más bajos, los más ineptos, los que cansados de comerciar con su propia dignidad, ocurren al honor y dignidad de los suyos.

Y aunque traen en su abono que las circunstancias los obligan, eso no los justifica, y se hacen despreciables por corruptores de lo más sagrado.

Sin embargo, merecen algo de respeto y mucho de compasión: la compasión y el respeto de las mujeres públicas, en sus últimos enfermos días de guardilla abandonada.

Y aquella tercera agrupación es vergonzosa y causa risa con mezcla de tristeza.

Son los bajos representantes del talento, que viendo los grandes resultados que dan el servilismo político y social, han tomado la pluma, en mala hora, para ser grandes, haciéndose primero abyectos.

Que se acojan al maldito servilismo los que, siendo nada ni representando á nadie, quieran ocupar altos puestos públicos; es despreciable, pero pase.

Pero que vengan hombres y más aún una parte de la juventud, con esa pluma, la llamada á flajelar tiranos, á consagrar virtudes y verdades y á castigar vicios y maldades; que vengan, digo, á colocar pensamientos que son incienso ineficaz, al pie de las tristes nulidades; y á levantar hombres en alas de la fama, que siendo nada, ni nadie, no los presentan como soberbios gladiadores del progreso y apóstoles de ideas; eso, más que despreciable es cobarde, y más que cobarde, ruin.

Si el hombre que abdica sus derechos es esclavo, es cosa; qué será el pensador que alquila de su verbo?

Cambiad de oficio, sombríos representantes de las bajezas políticas, sociales é intelectuales.

No siempre están condenados los pueblos á vivir como parias, de rodillas.

Aunque hay eclipses en la historia que duran siglos, como la Edad Media, hoy el claro sol del progreso alumbra hasta el fondo de las conciencias.

Ya los crímenes están descubiertos, porque han caído las caretas de carnaval.

Paso á todo el que levante alta la frente con la mirada altiva.

Atrás ó de "flanco," como queráis, á todo lo bajo, porque se encuentra de rodillas.

III

LAS CABEZAS CINICAS

—

Existe en todos los países y en todas las corporaciones tanto políticas como sociales, un grupo de hombres célebres por la intriga, única arma que saben esgrimir.

Su objeto es derribar las buenas reputaciones y echar sombra sobre todo lo que brilla.

Han tomado el oficio de la polilla y del pantano.

Forman á veces, al derredor del poderoso, una especie de muralla de lanzas incrustada.

Son sus cuerpos, que son bultos, y sus lenguas viperinas.

Su primer instinto es la envidia que se traduce por dicterios.

Y su segundo es el odio, pero el odio ruin, el de la oruga para el águila.

Sólo tienen instintos, porque han perdida la conciencia del raciocinio á fuerza de arrastrarse.

Pues este grupo miserable, imitando al Nabucodonosor de la Historia, no quiere ser bípedo sino cuadrúpedo.

Cuando llegan á inspirar confianza á alguien y peor todavía, á ser creídos, ese alguien está perdido.

Y da tristeza, para quien los estudia, al ver que algunos son jóvenes, de cabello blondo ó negro todavía.

Sin la edad suficiente para valerse del arma que usan las mujeres públicas, se han anticipado á ser serviles.

Puesto que la intriga, en la medalla del deshonor, es el reverso del servilismo.

Y el hombre de caracter no se arrodilla ni intriga para subir.

Quien intriga es servil y los serviles son cobardes.

He aquí al grupo de los intrigantes convertidos en cobardes.

En la edad antigua los cobardes ser-

vían para eunucos y hoy sirven para lacayos.

Son los eunucos modernos.

Y estos seres tan abyectos pierden en su profesión los principios naturales del honor.

En los países donde hay conventos de mujeres los jubilan para uno de éstos, en donde pueden entrar inmunes por haber perdido hasta el instinto de la reproducción.

Triste destino el de los intrigantes · empiezan por roer y echar lodo, siguen de rodillas en el pantano y terminan como impotentes atrofiados en los conventos.

Tomando la intriga como un oficio por el odio y la envidia á las alturas, hacen tres grandes males: unos para con ellos mismos, otro para con aquellos que valen algo, y uno tercero para con su país.

Para con ellos mismos, porque se degradan y se hacen despreciables;

para con los que valen, porque á fuerza de echarles lodo y escupirlos con su baba, los manchan;

y para con su país, porque hacen anteponer intrigantes y serviles á hombres de honrados caractéres.

Desgraciados de ellos, que no tienen siquiera ni el triste derecho de que la Historia los condene: son tan despreciables y pequeños que el mañana los olvida.

Gozan del fúnebre manto del olvido.

Tienen la impunidad de los imbéciles.

La sanción póstuma de los acontecimientos contemporáneos no los marca.

Y con enemigos tan pequeños es imposible luchar.

En primer lugar por lo cobardes, y en segundo por lo sucios.

Allí un plumaje por rápido que pase se mancha algo.

Puesto que ellos forman la cloaca de las alturas.

Decidle á Juan Valjean que pase por las alcantarillas de París y saldrá limpio; pero si pasa por éstas, saldrá con fango.

Cuando hablan, una especie de espuma sanguinolenta, semejante á la del epiléptico, se escurre de sus labios.

Es la espuma del reptil que está pronto para morder.

Ellos rien con todos; la risa tiene más de bestia que de alma.

Nunca están tristes; la tristeza es sagrada.

Asisten á entierros, bautizos y banquetes del mismo modo.

Porque un solo móvil los lleva allá: morder en algo para dejar la baba que les infla los carrillos.

Nunca se cansan, los instintos no se agotan.

Cuando se hacen maestros los condecoran.

Desecharlos, atacarlos, nadie lo hace, porque repito: gozan de la impunidad de los imbéciles.

Y cuando sirven de bufones y hacen reir al poderoso y potentado, son como necesarios.

Viven en perpetuo reinado, el reinado de los reptiles.

En el fango pero mordiendo.

Dejad que os muerdan á vosotros los que valéis, pero esperad que estén bajo vuestras plantas para aplastarlos.

IV

LAS CABEZAS TRAGICAS

—

Unas son rojas porque están manchadas con sangre.

Llevan el estigma del crímen.

Este bate sus negras alas sobre aquellas desgraciadas frentes.

Aquí la expiación se impone porque la conciencia pública la dicta.

Lo que se necesita es la equidad de la justicia en la repartición de los castigos.

Y así como es lógico y necesario premiar los servicios ciudadanos, así también se obliga como necesario, para el equilibrio social, la condena al criminal.

Hoy la Ciencia clasifica á los homicidas.

Toca, pues, bajo este punto científico estudiar á los criminales.

La ley que hasta ayer sólo se había detenido en el crimen sin estudiar al hombre, hoy clasifica al delincuente.

Y el castigo varía para los criminales locos, para los natos, los de costumbre adquirida, los de ocasión y los pasionales.

No deben vivir en promiscuidad ni los castigos ser iguales.

La clasificación de la pena, una vez hecha la distinción, es el punto culminante del Derecho Penal.

Pues es claro que un delincuente pasional, dista mucho del delincuente nato.

La sabiduría de las leyes consistirá, en seguir siempre lo más útil y necesario á la sociedad, una vez que hemos nacido para ser sociales.

Prescindir de lo particular para atender á lo general como hace la Naturaleza.

Imitarla es ser sabios. Este punto de Derecho Penal, es de gran trascendencia é importa que los hombres de letras, los legisladores y los gobiernos lo estudien con atención.

Y sobre esto tan útil casi nadie se ocu-

pa; la política absorve todas nuestras atenciones.

Ya no sabemos otra cosa que los nombres, vida y costumbres de los ministros, representantes y presidentes de Estado ó la de los nuevos revolucionarios.

Porque es una obsesión de los cerebros venezolanos, que no puede haber gobierno sin que se esté fraguando una revolución.

Triste es nuestro porvenir. La guerra sin tregua y sin mayores resultados.

Y entre tanto este grupo de cabezas trágicas ó sufre mal su condena, ó más comunmente, goza de impunidad.

Hay otros, estos son los de cabezas pálidas.

Cuando se les mira se encuentra en ellos la imagen del espectro.

Llevan impresa en su rostro una palidez, pero no es la del dolor: esta es sagrada.

Es la palidez de los "sepulcros blanqueados;" son los falsos y traidores.

Oh! los pólipos sociales actuando en sus dos manifestaciones: en la de zorro, cuando engañan; y en la de serpiente, cuando muerden.

Estos son más que abyectos, más que cínicos, son traidores.

Los primeros se arrastran, los segundos se enlodan pero ríen, y los terceros, se arrastran y ríen para morder. Tienen la dulzura de la sirena, las reverencias del cortesano, y las sonrisas del cómico.

Cuando están en vísperas de engañar adulan y se arrastran y ríen más.

No conocen más religión que la del engaño, ni más deber que el de la traición; son sacerdotes de la infamia y comulgan con su crimen.

Viven en pleno Carnaval, ni aún después de cometida la primer traición se quitan la careta; no hacen sino cambiársela.

Por eso traiciona muchas veces.

Y como grandes farsantes tienen la propiedad de hacerse creer.

Pues cuando es necesario llorar, lloran; y si reir, ríen; tienen algo de orador, por eso convencen.

En los gobiernos son sombras negras.

Llevan en sí lo trágico de la noche. La traición.

La sombra es trágica y el abismo también. Ellos se cubren con las tinieblas para ser centinelas del abismo.

Hay tres bandadas de aves negras, todas ellas pavorosas.

Los cuervos cuando se lanzan sobre los cadáveres.

Los ultramontanos sobre la religión.

Y los traidores sobre su gobierno.

Estas traen el fanatismo de la sombra.

No dirán como Goethe: "luz más luz" á tiempo de morir, sino "sombra más sombra."

Son útiles? no; necesarios? mucho menos; y sin embargo siempre están en escena.

Es porque tienen la propiedad de la sirena, cautivan y seducen.

Pero vendrá para todos ellos, tarde ó temprano, aquel espectro vengador á quien siempre han temido: *La Sanción pública.*

Cuando ella actúe en nuestro escenario político-social, entonces saldrán ellos por los pasillos del teatro.

Preparáos pueblo, para silbar á los cínicos actores!

V

LAS CABEZAS BAQUICAS

—

En todo pueblo hay siempre una agrupación representante de la orgía.

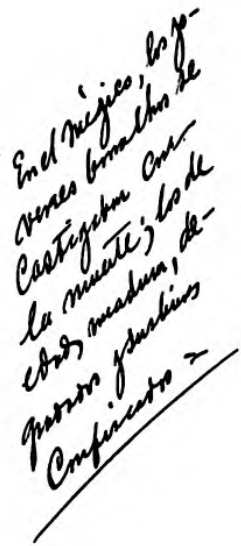
Aquella aumenta á medida que las costumbres avanzan en civilización.

Por desgracia está formada de una gran parte de la juventud y de hombres en su edad media.

Empezar á degradarse uno mismo, servir de irrisión á la multitud y hacerse despreciar de los sensatos, es el oficio, no de los torpes, sino de los cínicos.

Mirad esas jóvenes cabezas de cabello negro ó blondo, mirad como bambolean al salir de los cafés!

Y sin embargo, en ellos está representado el porvenir del mañana.



Pero qué importa, si ellos saben por los ejemplos que han visto, que á tiempo de subir nadie les recuerda sus locas bacanales.

Si ellos saben por experiencia que para llegar á las alturas los humos del alcohol no impiden la ascensión.

Y la sanción? Oh! bien conocen que esa palabra, en todas las esferas de nuestro cuerpo político-social está olvidada.

Y la prensa? Saben también que ella olvidó el látigo que fustiga, pero que enseña, para tomar el incensario. Y que si alguna habla la hacen callar.

Seguid vuestra vida de orgía y bacanal, encended vuestros cerebros en los salones del botiquín y terminad la noche en los perfumados del burdel.

Hay vida mejor? Mientras tanto que venga el mañana.

Y qué os importa á vosotros los problemas difíciles del país? Qué tenéis que ver con las deudas de la Patria, si vosotros estáis también cargados de deudas?

Pues bien sabéis que á pesar de vuestra vida licenciosa y costumbres crapulosas, seréis mañana servidores del *gran partido* y tal vez tendréis hasta puesto en el Panteón.

Y cómo hacéis para entrar? fácilmente, pues en cuestiones de entrada sois listos, dáis un artículo vuestro ó casi siempre de un amigo, esto, poco importa, elogiando hasta el *máximum* al nuevo Magistrado ó al nuevo Ministro y es suficiente.

Os encontráis colaboradores y hasta el fin.

Pues parodiando á un político nuestro, vosotros tenéis un axioma: "el que ha sido empleado alguna vez no puede dejar de serlo nunca, pues el empleo se semeja á la túnica de Neso."

Y con este pasaporte, el nombramiento, tenéis cabida donde quiera.

Vosotros sí que tenéis buena vida.

Os envidio pero no os imito.

Cuando quiera subir buscaré las escarpaduras pero no los fangales.

Y allá van, en bandada las cabezas báquicas.

Tienen el rostro rojo y extraviada la mirada, son propiedades del insomnio y del alcohol.

Es tarde de la noche y buscan un asilo.

Las puertas de los burdeles están abiertas.

Y estos son los hombres que nos van á

representar y á dirigir nuestros destinos.

Desgraciados los países que tienen un mañana tan sombrío.

Y á dónde iremos?

Todas las regeneraciones requieren savia nueva para llevar gran contingente de vitalidad.

El progreso necesita obreros llenos de vida y de virtud.

Y la Patria, como todas las religiones, apóstoles de verbo, de verdad y de heroísmo.

Entonces seremos pesimistas?

No, no hay razón para desesperar.

Mañana apartaremos "las cabezas báquicas" para poner en su lugar á tantas "cabezas luminosas" que yacen en la oscuridad.

Será uno de nuestros deberes para con la Historia.

Entre tanto, contemplemos esos incansables luchadores de la orgía.

Dejémoslos que pasen ofrendando á su Baco soñoliento y á su Venus Afrodita.

Y que siga el vals, que siga la orgía, y que víbren las copas.

VI

LAS CABEZAS VENALES

—

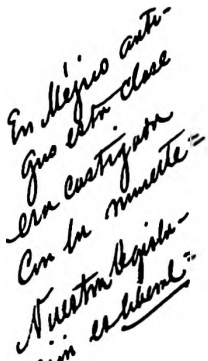
Este es un grupo de los más detestables porque comercian con lo más sagrado.

Son mercaderes de la honra, de la desgracia y la conciencia.

Los emplearon en hacer respetar la libertad individual, y la convirtieron en licencia; en resguardar los derechos ciudadanos, y sirviéndose de estos mismos derechos, ultrajaron al ciudadano; en amparar á los pequeños, y los pusieron en picota.

De supremos defensores se convirtieron en licenciosos, cínicos y verdugos.

Fueron á oficiar en el altar de la patria y se encontraron sacristanes de aldea.



Esto mismo le sucede á los reptiles cuando los suben á las alturas, que en lugar de elevarse se siguen arrastrando. Triste destino, tener en las manos la balanza de la conciencia pública y convertirse por ineptitud ó corrupción, en pulperos de malas mercancías.

Puesto que ellos tienen una misión sublime; equilibrar en algo las injusticias de la Humanidad, los errores de la Naturaleza y los vicios de los grandes.

Son los llamados en todas las sociedades para ser los defensores justicieros de esa multitud anónima; el pobre pueblo que trabaja y sufre.

En sus manos está el pan del miserable jornalero.

De su sentencia depende la horfandad de muchas cabezas rubias é inocentes.

Y muchas veces también la honra, de aquellos que sólo tienen la honra por único caudal.

Tienen grandes responsabilidades para con su conciencia, para con la Humanidad y para con Dios.

Si el hombre que se vende es un esclavo, el juez que se deja sobornar es un sacerdote cínico.

Puesto que la justicia es el gran sacer-

docio para con los pequeños y los débiles.

Hay tres sacerdocios, el del altar que insultan los clérigos infames.

El del médico que desmoralizan los empíricos.

Y el de la justicia que ultrajan los jueces que se venden. "Las cabezas venales".

Los primeros son á la religión lo que las sabandijas del fango á las estatuas; las corroen y las manchan.

Los segundos á la medicina, lo que los microbios al organismo; matan inconcientemente.

Y los terceros á la justicia, lo que las rameras á las vestales; que con su tacto peligra su virginidad cuando no se pierde.

"El verdadero juez, como dice Victor Hugo, es más y menos que un hombre: más que un hombre, porque blande la espada de la justicia; y menos que un hombre, porque no tiene corazón."

La mayor parte de los nuestros, habrá siquiera comprendido este pensamiento?

Quizás nó, porque para ellos la justicia es cuestión de mercancía.

Son raros, por desgracia para la Huma-

nidad, aquellos jueces de Berlín, y jueces de monarquía!

Cuando en un país, República, Imperio ó lo que sea, se busca para jueces á hombres de recto criterio y de conciencia honrada, á aquellos que tienen el valor de oponerse á lo injusto del que manda, el gobierno de ese país sabe administrar que es lo suficiente para el progreso de los pueblos.

Pero cuando es lo contrario, que por jueces se colocan, á los serviles, intrigantes ó rastreros, entonces se dice: no hay administración, lo suficiente para demostrar el retroceso.

Casi es lo principal, si no lo primero en un país.

La administración de la justicia.

Cuando ésta se imparte y no se vende, la opinión pública se satisface, porque hay equidad en la balanza de la conciencia administrativa.

Cuando la justicia es un amparo se convierte en paternidad.

Y ésta es la gran misión de los gobiernos.

La justicia justa es una vestal pero la justicia injusta es una ramera.

Y las vestales que se convierten en ra-

mera se prostituyen, envenenando con su aliento la atmósfera que respiran.

Por eso los jueces venales corrompen la sociedad en donde viven.

Para los enfermos de enfermedades curables están los hospitales, y para los de incurables, como el lázaro, está el lazareto.

También en las sociedades existe para los primeros un hospital, la sanción; y para los segundos, un lazareto, el desprecio.

¿A dónde van "las cabezas venales"?

Merecen el lazareto.

¡Ojalá! Y viniera para ellas la sanción. Unos días de hospital.

Algo de cuarentena.

VII

LAS CABEZAS NUMERO

—

Oh! los desheredados de la fortuna. Aquellos que vegetan siempre á la sombra de los claustros, al amparo de las leyes ó al abrigo de la tierra.

Llenos de frialdad como los primeros; de injusticia, á veces, como las segundas, y de torpeza como la tercera.

Cuando salen de su encierro, van á regar los campos con su sangre, ó van á dormir su último sueño.

Son el abono de la madre Naturaleza.

I

Ved los primeros; son los parias del progreso, miserables esclavos en medio de tantas libertades.

Que ni siquiera tienen el derecho de sus nombres.

Son el sostén de la Patria y han sido jornaleros de la espada en los campos del combate.

Sus huesos son sagrados, puesto que con ellos se ha fabricado el edificio del progreso.

Pero á pesar de esto nadie los conoce.

Quién se va á ocupar del huésped de los cuarteles?

Y se créen escarnecidos, puesto que se ven privados de libertad; ellos no conocen la suprema misión que desempeñan y maldicen de su destino.

Enseñadles su misión por medio de las letras.

Que se conviertan los cuarteles en escuelas, en lugar de ser centros de pereza y corrupción.

Ilustración *primaria*, *gratúita* y *obligatoria* al pueblo en donde quiera que esté.

Y que no se comercie con estos pobres desgraciados.

Allí los jefes, los engañan, obligándoles á recibir un bocado de carne y un pedazo de pan para quitarles lo que devengan con su servicio.

Oh! quitarles el pan á los hambrientos es un crimen.

Las leyes deberían tener castigo para los comerciantes de pago de soldados.

Pero las leyes se olvidan de los que están arriba.

Y entre tanto, el llamado á sostener esas mismas leyes, el hombre número de los cuarteles, es tratado como un perro.

Cuándo se convertirán estos parias en ciudadanos defensores!

La civilización no ha traspasado aún los umbrales del cuartel.

Cuándo entrará ?

II

La otra agrupación de anónimos es triste, degradante y miserable.

Son las eternas víctimas y los eternos victimarios.

Unos expiando el crimen de sus faltas, y otros purgando las faltas de las leyes.

Para los primeros, es un castigo, ven allí la mano justiciera, reconocen la Providencia y se resignan.

Para los segundos, es una suprema injusticia de los hombres, un olvido de Dios y se revelan.

En unos se castiga á los homicidas, incendiarios y ladrones, es necesario.

En otros se castiga á individuos que se odian, ó por intrigas, porque nos dijeran la verdad; ó porque no quisieron inclinarse, es contradictorio.

Ved en las prisiones á esa amalgama de hombres de todas edades, tipos y condiciones.

No llevan la cadena al pie, ni el gorro verde, ni la chaqueta escarlata del presidiario de algunas prisiones de Europa; pero sí arrastran la cadena de la pereza, el gorro de la corrupción y la chaqueta de las venganzas.

Si, porque en nuestras cárceles no se expía: expiación significa enmienda, es decir, conversión de los bandidos en honrados y los perversos en virtuosos.

Y por desgracia sucede lo contrario.

En esa continua holgazanería de la prisión y promiscuidad de hombres, los buenos que entran salen repletos de odios, vicios y venganzas.

Y los malos aumentan sus instintos. Porque nuestras cárceles sólo sirven de planteles de corrupción y de maldades.

Se semejan á los conventos, planteles de pereza y de molicie.

Y esto es evidente: reunid diez hombres de las clases y condiciones que queráis, encerradlos en una pieza, y oidlos después.

Se han comunicado sus distintos modos de pensar y han llegado á un punto único y común: una maldad para la humanidad.

Esa es nuestra triste condición.

El hombre sin un móvil levantado que lo dirija, siempre tiende á la maldad.

Entonces cambiad la triste suerte de los presos.

Para bien de ellos y para bien de la Humanidad.

Y el modo es fácil.

Establecer escuelas de artes y oficios en todas las cárceles. Y mientras dure la condena, dedicarlos al oficio ó al arte que ellos elijan.

Se hacen honrados, levantan su condición de hombres presos en hombres útiles, porque el trabajo eleva y dignifica al hombre.

Estad ocupados siempre y no pecaréis.

Y en lugar de un asesino, de un ladrón, saldrá de allí un carpintero, un sastre, un pintor ó un músico.

Cuánto no ha ganado él porque se hizo

útil, y la sociedad porque se hizo honrado!

Y el hombre número, el anónimo corrompido de las prisiones de hoy, será mañana formador de un buen hogar.

Tanta ganancia, tanto bien y con tan poco.

Esperad un dia más, oscuros prisioneros, á que entre la civilización en vuestras cárceles.

III

Hay un tercer grupo de hombres número.

Son los rezagos de la sociedad, la basura de las ciudades y la cuota de las guardillas.

Representan á la miseria en su faz más triste y dolorosa, la enfermedad.

Visten de arlequín y de guiñapos.

Créen invocar á Dios por medio de un rezo y lo que hacen es maldecir.

Quizás tengan razón.

En la última etapa de la miseria, yo creo que se pierda hasta la noción de Providencia.

Por fortuna hay un asilo para recojer estos restos desechados del mundo y prodigarles los últimos consuelos.

No están por completo olvidados de alguna providencia.

Ellos pierden, es verdad, al entrar á los hospicios sus nombres; pero, qué les importa trocarlos por un número, en cambio de algún alivio á sus dolores, un pan para su hambre y un techo que los cobije?

Si mueren sirven para el estudio de una ciencia.

Servir para el progreso, aunque sea con nuestros restos, es algo.

Y con esto, devengan el bien que recibieron en sus últimos días en el hospicio.

Todo bien tiene su recompensa.

Por eso la fundación de un buen hospital que debe protejer todo Gobierno, tiene un gran resultado pero inmediato.

Pues sirve para el estudio de la juventud que se dedica á aliviar los dolores á la humanidad, gana el progreso y los hombres ganan.

Un hospital debe ser una de las primeras obras de un pueblo que quiera ser civilizado.

Debe seguir á los planteles de educación.

Oh! vosotros los seres anónimos del hospicio.

Hombres número de todos los dolores.

Vuestra misión es sublime.

Y tenéis que ser abnegados por necesidad.

Con el estudio de vuestros dolores y la disección de vuestros despojos, se aliviarán mañana los dolores de vuestros hermano.

IV

Por último hay otro grupo de hombres número.

Aquí no son hombres sino muertos. Aquí los restos están numerados.

Nadie recuerda los nombres de aquellos desgraciados que yacen sepultados.

Id al cementerio, en donde llaman la región de los iguales, para que veáis que eso es mentira.

Allí existen todavía las clases y gerarquías sociales.

Allí persiste, tan marcado como en vida, la gran distinción del pobre con el rico.

Contemplad uno de esos ostentosos mausoléos de mármol, no sentiréis, no, el frío de la muerte ni las soledades de las tumbas al lado de un rico panteón.

Persiste en él algo del mundo, todavía como que hay vibraciones de vida.

Leéis la inscripción y al momento se os viene á la memoria el recuerdo del que yace allí.

Al evocarlo, le dáis vida á aquellos restos y dialogáis con él.

No se ha perdido su memoria todavía.

Porque á los ricos panteones no penetra la negra sombra del olvido.

Estas son prerogativas del dinero.

Id en cambio á un sepulcro marcado por un número.

Allí existe la muerte.

Hay verdadera frialdad de muerto y soledad de tumba.

La tierra removida que sirve de losa y de sudario, sólo os dice que hay restos de una cosa que fué hombre.

No os detenéis allí.

Porque no hay que contemplar.

La memoria de ese muerto ya no existe.

El olvido penetró.

Nadie se cuidará en adelante de aquellos olvidados restos.

En el día clásico de los muertos, no habrá ni flores siquiera para esas tumbas.

Los visitantes, en la Necrópolis núme-

ro, no pisarán ni con respeto la tierra de sus sepulcros.

Si fuera cierta la cita final de Palestina, vosotros no acudiríais allá; porque nadie regresa de los países del olvido.

Oh! la muerte no es la gran niveladora.

Del hombre no queda sino la memoria; y la muerte no nivela nunca la memoria de los hombres.

Los muertos número.

Ultima etapa del soldado número, del número del presidio y del hospicio.

Vosotros sí que tenéis una sola ley tanto en vida como en muerte.

La igualdad!

VIII

LAS CABEZAS LAUREADAS

—

Esta agrupación es risible, es una, á manera de saltimbanquis.

Quizás siendo coristas de zarzuela lo harian mejor!

Son los verdaderos prototipos de los cuentos de viejas.

Cuando ríen, gesticulan; cuando hablan, son cómicos; y cuando caminan, danzan.

Ellos son una prueba palpable en esta triste baraunda de corrupciones.

En unos, esos títulos y charreteras llevados tan vilmente por hombres tan viles y tan ruines, no insultan á los hombres honorables que los llevan, pero sí degradan la gerarquía militar.

Llamar General ó Coronel á un pobre diablo, quien jamás en su tranquila vida ha oído un cañonazo ni ha tomado un fusil, excepto, á aquellos tan inútiles con que se saludan nuestros días nacionales; y á estos cuando ha estado en un parque.

Oh! esto es más que ridículo, es chocante.

Y ellos nó se avergonzarán?

No, puesto que ellos se créen tan Generales y Coroneles, como Delpino y Lamas se creyó tan gran poeta en el día de su apoteosis. Y estos desgraciados tienen también sus días clásicos, cuando visten de uniforme.

No habrá un Congreso que decrete sus restos dignos del Panteón Nacional?

Los que no se atreven á ponerse el uniforme, conservan un poco de pudor que los honra en algo.

Siquiera tienen la vergüenza del ridículo.

Pero no escusan su título en las tarjetas.

Ellos lo hacen por cálculo, pero cálculo de comerciante.

Oh! negociar con los títulos que costaron á nuestros padres luchas, vidas y honrosas cicatrices, es un crimen.

Comerciar con los títulos que representan glorias, es una infamia.

Traficar con falsos laureles, es un robo.

Robo de coronas es sagrado.

Pero el viento de corrupción sigue soplando; el miasma deletéreo sigue invadiendo; pues invade hasta las Universidades.

No contento aún, este viento de corrupción con formar Generales y Coroneles por millares, forma Doctores por docenas.

Esta triste agrupación de hombres científicos se semeja á los polichinelas de función.

Pues ellos mismos no creyendo en lo que saben, puesto que nada saben de lo que quieren aparentar, se esfuerzan con sus gestos y sus palabras rebuscadas en hacerse admirar.

Créen que la ciencia es el *arte* de ser cómicos.

El título de Doctor es algo.

Sabéis lo que significa?

Doce ó quince años de estudios, desvelos, sacrificios y dinero.

No es hojear unos cuantos libros de literatura, aprenderse uno ó más discur-

sos, soltarlos en la primera ocasión y aparecer ilustrados.

De estos hay muchos. Imbéciles, porque hablan de Pascal, de Voltaire y de Hugo se juzgan Doctores en filosofía y en literatura.

Pobres ambiciosos, sólo os hace falta un pueblo que os apedrée, por profanadores del templo de Minerva.

A vosotros siguen, llevando ostentosamente, sobre sus frentes el mismo título, otros.

Aquí vienen los que siendo simplemente dentistas han dado por llamarse doctores.

Ellos estudiaron un arte y se creyeron científicos.

Qué triste cosa es no saber ni lo que se estudia!

Y aunque haya facultad de hacer Doctores á los dentistas, yo rechazo esa facultad.

Y la rechazo porque es igualar, al premiar con un mismo título al que estudia un ramo que al que estudia la ciencia entera.

Que queden como hasta ayer simplemente dentistas. Eso les basta.

Pongamos cada cosa en su lugar.

Veamos el otro grupo.

Estos son los farmaceutas. Algunos de ellos les ha gustado también calarse el título de Doctor.

Este es otro abuso.

A los que aprendieron á despachar fórmulas, á combinar sustancias medicinales; á los pulperos de las drogas, llamarlos, llamarse ó hacerlos Doctores es un insulto.

Por eso, si hay también facultad para esos grados, la rechazo.

Creo suficiente el sólo título de farmaceuta.

Si siguen de ese modo, mañana se reunirán, formarán juntas y á hacer Doctores en sastrería, zapatería y carpintería.

La cosa aumenta pero en desdoro de la ciencia.

Y en dónde estaba ayer la prensa, que no velaba por tantas usurpaciones?

El guardián de la moral pública en dónde estaba?

Tal vez tenía oscurecida la conciencia con el humo del incensario.

Pues ésta, no toda, (pues por fortuna hay alguna que vigila), en lugar de condenar tantas usurpaciones las confirma y las aumenta.

Cuando llega un individuo de un pueblo cualquiera, con tal que venga á hablar con el Presidente ó sea político, la prensa lo saluda ya como General ó ya como Doctor.

Parece que el sólo título de ciudadano es muy pequeño, y le agregan otro.

Cuando es un individuo que va del Centro á los Estados, es de necesidad.

Si no lo llaman de ese modo él se hará llamar.

Si va en armas, General. Si escribe algo, Doctor.

Oh! los venezolanos tenemos obsesiones. Ya no podemos ver á cualquiera con un machete en mano, aunque sea prestado, sin llamarlo al instante General.

Ya no podemos leer un artículo, oir un discurso ó escuchar una conversación, que indique algo de lectura; sin que el autor de ese artículo, de ese discurso ó de esa conversación sea Doctor.

En cierto modo somos ridículos. Aquí jugamos con todo.

Con las armas, con los hombres, con la ciencia y hasta con los principios religiosos.

No tenemos seriedad en nada. Somos

un pueblo que está en su infancia, pero infancia larga, y jugueteamos todavía.

A veces jugamos seriamente y en uno de nuestros retozos se forma un Bolívar, un Bello, un Baralt, un González, un Lamas o un Michelena.

Somos aptos para todo. Y esa manera de ser de este pueblo nos revela su gran porvenir.

Si mañana tenemos una hora de seriedad, echaremos á fuera á estos bufones condecorados á lo militar ó á lo científico.

Y ay! de ellos, si el pueblo lo percibe. Será inflexible con esa raza de malos cómicos.

Y este es un deber del pueblo.

IX

LAS CABEZAS SAGRADAS

—

Los de esta agrupación llevan su túnica de nieve y por consiguiente sus manchas son más negras.

Tienen la misión más augusta y más sagrada.

La dirección de las conciencias.

Son los médicos del alma.

Los ministros del altar en los templos de los diferentes cultos.

Los pontífices de rezos y plegarias. Los guardianes de los templos.

Surgen del fanatismo del creyente, el temor sagrado y el profundo respeto con que se imponen.

En todos los países y en todas las sectas religiosas, se tienen por mediadores

entre Dios y el hombre; por eso tocarlos es profanarlos.

Se necesita salir una línea de la multitud inconsciente para juzgarlos como á hombres.

Porque, la mayor parte de ellos, cubiertos con su manto de sacerdotes, cometen sus errores y maldades, y como nadie los juzga se créen inmaculados.

Ellos obran en nombre de su Dios sectario, como las testas coronadas en nombre del maldito derecho divino de los Reyes.

Y se cobijan con la inviolabilidad, como ministros de la conciencia popular, porque gozan de impunidad sagrada.

Desgraciado de aquel que levante su túnica para mostrar sus manchas.

No existe ni el derecho de acusarlos.

Pierden las prerogativas de hombre y toman las de ángel.

Aunque la mayor parte usa las de satán.

Decidle al fanático religioso que tal sacerdote es un cínico, y al momento os creerá ateo, inmoral y falto de religión.

Denunciad á algunos por la prensa como corruptores de la sociedad y pro-

fanadores de la honra del hogar, y tendréis toda la opinión en contra.

Y es probable que el pueblo os apedrée.

Por qué?

Porque esa es nuestra triste condición humana: al través del fanatismo todas las sectas, todos los hombres, tienen al Dios de su culto externo, como el verdadero Creador del Universo; y á sus ministros, como seres impecables, despojados de la humana naturaleza.

Oh! Sacerdocio supremo el del altar!

Al pisar tus gradas, transformáis!

En tus ministros se sigue verificando el milagro del Espíritu Santo, al caer con sus lenguas de fuego sobre las cabezas de los apóstoles.

Por eso el que la víspera de consagrarse era un topo, se convierte en sabio; el de malos instintos en un justo; y el sátiro en un ángel.

El sacerdocio tiene la propiedad que no se consigue muchas veces, con diez ó quince años de estudio: la de transformar la Naturaleza.

Ahora, esta agrupación, el Clero, como arma de los partidos es poderosa; pero como auxiliar de los gobiernos es degra-

dante porque sólo es propio de los gobiernos débiles.

En su misión, fueron tonsurados para imitar á Jesús el demócrata abnegado.

Pero algunos, la mayor parte, vinieron á imitar á un Loyola coronado.

Estos, predican la pobreza y son avaros; la caridad, y son impíos; la humildad, y son magnates; la castidad, y son impuros.

Son los verdaderos discípulos de Loyola.

Los jesuítas de todas las sectas.

Como tienen monopolizadas las conciencias, les es fácil invadir todos los círculos políticos, sociales é industriosos; todas las fronteras y todos los países.

Son los grandes comerciantes del altar.

Pues se atreven á recolectar dinero, validos de la credulidad, en nombre del sacrificio de la misa.

Apelan á lo que ellos llaman comunión de los santos, para comulgar con oro.

Esta es la historia de un gran número de sacerdotes en todas religiones.

Leed las Ruinas de Palmira.

Son como la mayor parte de moralistas.

Dan teorías en oposición á sus prácticas.

Mientras tanto allá van conduciendo la caravana humana, fanatizando la conciencia popular, vendiendo sus amuletos, y mostrando una gloria y un infierno al través de los sepulcros.

X

LAS CABEZAS SUPREMAS

—

Esta es la mas grande de las agrupaciones por la alta misión de su destino.

Aquí deben encontrarse los cerebros pensadores, el verbo atronador de la tribuna, y los hombres principios de incorruptibles caracteres.

Porque sobre la augusta frente de los representantes del pueblo, debe estar estampado el sello del pensamiento, del carácter y de la honradez.

Es la Representación Nacional y como tal, debe ser grande si el país lo quiere ser.

No importa que sea Reino, Imperio ó República, es una entidad moral-política-religiosa y todo esto son cosas grandes.

Cuando se habla de Parlamento, Constituyente ó Congreso, al momento se nos viene á la memoria una agrupación de pensadores.

Que haya como en la gran Convención Gironda, Montaña y Llanura eso es natural.

Pero habrá entonces de un lado la Gironda, porción de virtuosos oradores.

Del otro la Montaña, grupo de luchadores formidables.

Y de frente la Llanura, multitud de indicisos y fluctuantes.

Mas todos ellos sublimes pensadores.

Estas cabezas supremas están llenas de grandezas.

Por ser los representantes del pueblo, los pontífices de las leyes, y los dueños de la tribuna más alta en todas las Naciones.

Como representantes tienen que ser íntegros;

Como pontífices honrados y virtuosos;

Y como tribunos algo de oradores.

Integridad, virtud y algo de elocuencia debe ser la divisa de todos los legisladores.

Es el puésto más delicado del ciudadano.

Y tan es de grande importancia, que es en el único que goza de inviolabilidad.

Por eso fué tan sublime Mirabeau, por haber decretado la inviolabilidad de los representantes del pueblo.

Y yo he visto ! Oh ! vergüenza ! Como pontífices de nuestras leyes, oficiando en ese templo de nuestras Instituciones, á hombres bajos, torpes y corrompidos.

Yo he contemplado desde las barras en ese Alto Capitolio, con la faz enrojecida por la indignación, y la tristeza en el alma, á una parte de esa representación compuesta de serviles, sin conciencia y sin honor.

Los he visto ponerse de pie para decir: sí ó nó.

El sí de la cobardía y el nó de la abyección.

Nunca han sabido protestar contra las imposiciones de arriba.

Puesto que sólo aprendieron á inclinarse.

Vinieron á representar á su Nación y no supieron ni representarse ellos mismos.

Vinieron á defender los derechos del pueblo y los confiscaron.

Vinieron á luchar por la verdad y la insultaron.

Vinieron á decretar el progreso de su país, y lo que hicieron fué firmar su retroceso.

Entraron con una cosa sagrada, la Representación Nacional; y salieron con otra torpe y ruin, el Centralismo.

En lugar de garantías firmaron (porque no supieron más) monopolios; en lugar de libertades, contratos; y en lugar del progreso material, regalos y títulos para los de arriba.

Legislar! Qué misión tan grande! y al mismo tiempo, qué misión tan pequeña!

Tan grande, por todo lo grande que se debe hacer en los Congresos; y tan pequeña, por todo lo pequeño que se hace.

Yo nunca he podido creer que por Razón de Estado ó por Razón Política, se manden *burros* al Congreso.

No puedo aceptar que un pueblo noble y viril, esté representado por serviles y cobardes.

Y no me entra en el cerebro que una Nación que tiene tantas grandezas, haya sido representada por tantas nulidades.

Todos los círculos personalistas que combaten en la arena de nuestra política, tienen pensadores en su seno.

Leales, valientes é ilustrados; cualidades éstas que deben satisfacer á los Jefes de partido.

Y sin embargo son olvidados.

Yo estoy seguro, que si os viérais en la necesidad de representar vuestros hogares, mandarías al de más autoridad y no al de menos.

Vendría el Jefe director de la familia, que sería el de más cerebro ó más carácter, y no el sirviente.

La Patria es nuestro hogar común, que sea representada por los Jefes de la familia pensadora y no por sus lacayos.

Dejemos á éstos para el servicio interno del hogar.

Ahora, quién es más culpable, quien acepta ó quien nombra?

Creo que ambos. El primero, por hacerse cargo de una cosa que ni siquiera comprende; y el segundo por su baja elección.

Los primeros se exponen á que un día el pueblo, armado de su cólera divina, los llame á cuentas por la suprema misión que les confió.

Y tiene derecho.

Son sus representantes y deben darle cuenta exacta de lo que hicieron.

Y ay! de las cabezas supremas el día en que estallen las cóleras supremas de los pueblos!

XI

LAS CABEZAS LUMINOSAS

—

Ahí van los incansables luchadores de idéa.

Los oscuros cinceladores de la estrofa.

Los jornaleros del pensamiento.

Los Prometeos de todos los principios redentores.

Puesto que todo pensador es un sublime Prometeo, que atado á la roca inmortal de una idea vive de su cerebro.

Van cubiertos de paño burdo, lo más ostentosos; los otros lo que llevan son harapos.

Sobre su cabeza se nota el fango del camino ó el polvo de las calles.

En sus rostros pálidos y ojerudos están marcadas, en unos, las huellas del in-

somnio; en otros, las fatigas de la miseria; y en aquellos, la tristeza que sienten por todas las injusticias que contemplan.

Sobre sus frentes pensadoras ya se notan las primeras arrugas del dolor.

En sus labios, juega una sonrisa mezclada con un gesto y seguida de un desdén.

Esa sonrisa, es el saludo al porvenir que llega; ese gesto, es el rechazo al pasado que se hunde; y ese desdén, es el desprecio al presente que se abate.

Cuando van por las calles van como sonámbulos; todos los pensadores lo han sido.

Nunca se inclinan; por eso no son serviles.

Jamás abdican de su verbo, de su conciencia y de su honor; por eso son temidos.

Ante ningún ídolo se inclinan; por eso tendrán que trepar por las escarpaduras para coronar la cumbre.

O llegar como el Condor, de un vuelo.

Pues hay tres modos de llegar á las alturas.

De un vuelo, son los genios; subiendo por las escarpaduras como el león, á es-

fuerzos propios; y arrastrándose como los reptiles.

Vosotros pertenecéis á los segundos.

Subís como el león. Llegáis, es verdad, con los pies desgarrados por las zarzas y asperezas del camino, pero no importa.

Porque si llegáis á coronar la cumbre, no caeréis nunca.

Cambiaréis de sitio pero siempre arriba.

Como las águilas; que unas veces anidan en los cerros Andinos, y otras en los picachos del Himalaya.

Pues hasta la misma tumba será una altura.

Allí empezará vuestra memoria que no se perderá en las sombras.

Todo el que ascienda á esfuerzos propios, debe tener como Jesús un Tabor y un Calvario.

Vuestro Tabor va en vuestro mismo cerebro; y vuestro Calvario lo lleváis en público.

Pues tenéis un Sanhedrin que os condena, las nulidades engreídas; una chusma que os insulta, los serviles y lacayos; y una cruz sobre los hombros, la pobreza.

Pero vosotros después del Tabor y del Calvario, no tendréis como Jesús la Crucifixión; no, tendréis la cumbre.

Mas, si lleváis por divisa la divisa de Monte Cristo: Confiar y esperar.

El porvenir en todos los pueblos que progresan es solo, íntegro de las cabezas luminosas.

De los que suben quebrantando escarpadas y asperezas.

Y más, cuando os esperan en la cumbre algunos de vuestros hermanos que han sabido trepar como el león.

Entonces, preparáos para la ascensión.

Sacudid las sandalias, componed los morrales y esperad un poco.

No importa que en la actual marcha de la caravana os encontréis en la vera del camino.

Estáis en la orilla derecha, que es la de los elegidos del Destino; y mañana indefectiblemente quedarán en la vera opuesta del camino los cínicos, serviles y tantos otros, á donde van los rezagados, ineptos y cobardes.

Cuando la aspiración de un pueblo se quiere convertir en realidad, es imposible detenerla.

Se impone de tal manera que por sí sola nos arrastra.

Cuando la Francia se quiso convertir en República, no lo pudieron impedir ni los diez siglos de fanatismo, de absurdas preocupaciones y de reinado.

Ni el inmenso poder del Clero que tenía monopolizadas casi todas las conciencias.

Ni la feudal Nobleza con todos sus privilegios, títulos y prerrogativas sobre el pueblo francés.

Bastó sólo, las atrevidas frases de Mirabeau que hicieron bambolear el trono.

La audacia terrible de Danton, para que cayera el 10 de agosto.

Y la aguda palabra del virtuoso Robespierre, para que rodara el 21 de enero la cabeza de Luis XVI.

En la constante evolución de los pueblos, todo tiene su época y su término.

Ahora, disponéos á quitar las caretas de los pícaros y farsantes, que lo demás se hará por sí solo.

Y estad alerta, para cuando ruede la avalancha de las nulidades engreídas, no os aplaste en su caída.

Sería su última venganza.

La venganza inerte pero ruda de la co-

ronada de Víctor Hugo en la cubierta del vapor.

O sea el despecho de las tristes nulidades que se vengan con sus cuerpos.

XII

LAS CABEZAS OSCURAS

—

Aquí están siempre, con pequeños intervalos, en nuestro escenario político-social, las "nulidades engreídas" y las "reputaciones consagradas" de mi país.

La forman en parte los decanos de la intriga, de la abyección y del servilismo.

Ellos han coronado las cumbres como los reptiles; arrastrándose.

Ese es otro modo de subir. Nunca han producido nada bueno y útil; ni producirán.

Cuanto han hecho, va estampado con el sello del servilismo y por consiguiente es bajo, es ruin.

Como su cerebro es hueco, se hacen rutinarios.

La rutina, con esa maldita fórmula, con ese principio torpe se ha mandado casi siempre en nuestro país.

Rutina en el Gobierno, rutina en la sociedad, rutina en la religión, rutina en el comercio y rutina hasta en lo que se escribe.

Proponed algo nuevo en cualquier asunto que sea y los diferentes jefes os llamarán niños, líricos ó poetas.

Y con la rutina no se va á ninguna parte.

Digo, á ningún punto del progreso.

Los rutinarios no lanzan principios redentores, porque carecen de principios.

No proponen ideas salvadoras, porque carecen de ideas.

Ni ensanchan el progreso de los pueblos, porque ellos en sí jamás progresan.

Se contentan con vivir como los parásitos; vegetando á la sombra del que los alimenta.

Ellos sólo se han propuesto una cosa, única que ha pasado por su cerebro: vivir siempre del Gobierno.

Si llegan á conspirar es la víspera del triunfo.

Muchos después de él.

Por eso nunca caen.

Y como sólo atacan al caído, sea quien fuere; y sólo inciensan al que sube, á veces sin saber quién es; por eso siempre están arriba.

Además, la corrupción de nuestros partidos, la falta de doctrina y hasta la falta de nombres diferentes en los dos bandos militantes, les da cabida siempre en todos los Gobiernos.

¿En qué otro país, exceptuando á Venezuela, se ve que todos los círculos, todos los bandos, todas las agrupaciones, y todos los partidos, de unos treinta años para acá, lleven un mismo y solo nombre, el de Liberal?

¿Por qué no sale un hombre, si hay valor cívico en los hombres que valen algo, y recoje los pequeños círculos antagonistas al Gobierno, les da cuerpo de Partido doctrinario, y con el nombre de Conservador ú otro cualquiera, menos el de Liberal, lo presenta al público?

¿Quién es ese osado, que se atreva á quitar la careta de sus compañeros, quitársela él mismo y después decir: aquí está el partido de oposición?

Oh! la cobardía ha invadido casi todos los espíritus.

La hipocresía, la falta de carácter ha

verido perdiendo á esta pobre tierra, la tiene en el abismo, y á dónde la llevarán?

Oh! Ese maldito personalismo es quien ha hecho todo esto.

Ha corrompido de tal manera á los hombres, que ya no se sabe, ni quienes están mandando, ni quiénes están caidos.

¿Cómo hace un Gobierno para saber quiénes son sus amigos y quiénes sus enemigos?

Difícil está.

He aquí la clave de todas las traiciones.

Y á la sombra de este cáos, de esta promiscuidad de hombres, de partidos y de sectas, las cabezas oscuras, los que no valen nada, se entran como sabandijas, y allí están.

El mal es grande, es crónico, como que tiene treinta años; se necesita tiempo y fuerza para combatirlo y más todavía para vencerlo. Y debe vencerse.

Pues yo no creo que esta época confusa, en la que todos se cobijan con el nombre de liberales se prolongue más.

Este manto de liberal tiene dos semejantes en la Historia.

El púrpura de los Reyes, bajo el cual

han cometido y cometen todavía tantos crímenes y tantas infamias.

Y el negro de los sacerdotes, que algunos de ellos y á la sombra de él han perpetrado multitud de errores.

Estos tres mantos: la púrpura de los Reyes; el negro de los clérigos; y el liberal nuestro, no han sido sino grandes encubridores.

Por eso «las cabezas oscuras» cobijándose con él se encuentran salvas.

¿Hay mayor cinismo que valerse de lo sagrado para cometer un sacrilegio?

Cubrirse con el manto brillante de nuestro liberalismo, que encierra nuestros sagrados Cánones y nuestros principios democráticos, para merodear al amparo de todos los Gobiernos, es la mayor de todas las infamias.

Esa es la doctrina de Torquemada, insultar y sacrificar á la inocencia en nombre del Cristo insultado y sacrificado.

Ese es el principio de los jesuitas, empequeñecer y corromper la verdad y la virtud en nombre de la virtud y la verdad.

Esa es, en fin, la Historia de los fariseos y de los hipócritas.

Y ya sabéis que Torquemada está maldito.

Y ya sabéis que el jesuitismo es detestable.

Y ya sabéis, por último, que Jesús condenó á los hipócritas y fariseos.

XIII

LAS CABEZAS PROFANAS

—

Existe en todos los países civilizados un sitio sagrado, que sirve para depósito de los restos de los que fueron grandes y merecieron bien de la Patria.

Es un cementerio, pero cementerio de héroes y de genios.

No duermen el soporoso sueño de las tumbas, sino el radiante sueño de los inmortales.

Cuando uno se encuentra en un recinto de esos, se siente sobrecogido de un religioso respeto; tal como el del creyente en el templo de sus Idolos.

Es la mansión augusta de los grandes.

Y al evocar sus manes, como que nos sentimos grandes también.

Ellos vigilan sobre sus lechos marmóreos los destinos de su país.

Por eso, cuando os sintáis faltos de patriotismo ó faltos de fe en el porvenir, id al Panteon, llamad á los que allí duermen y os sintiréis gigantes.

Cuando la libertad peligre en un país, llevad en procesión sus banderas, flameadlas sobre esas tumbas y saldréis con el triunfo de la Libertad en sus pendones.

Yo creo que cuando un tirano penetra en uno de esos sagrados recintos, se siente agonizante por falta de aire: porque los tiranos enrarecen el aire de la Libertad.

Y si prolongáis su estada en esos templos ó bajo el "Arco de la Estrella," morirá de agonía.

Salve oh! templo sagrado de mi Patria.

Recinto que guardáis los restos venerandos de aquellos que nos dieron vida y libertad.

De aquellos que nos hicieron grandes ante las demás Naciones.

En vuestras naves, bajo vuestro techo, confundidos con los héroes y genios nacionales, han colocado pigmeos que sólo han ido á profanar el templo de la inmortalidad.

La Necrópolis de nuestras glorias y grandezas.

En ese templo sólo deben penetrar los que han merecido bien de la Patria.

Ya por la espada como los fundadores de principios.

Ya por la pluma como los legisladores, literatos y poetas inmortales.

Los del verbo atronador de la palabra. Los genios de la música, del lienzo y del cincel.

Pero nunca medianías, sólo porque han servido á una causa con el objeto de vivir de ella.

Es el templo de los genios y éstos dejan siempre un reguero de luz en su camino.

Los que dejan tinieblas, á la necrópolis común.

¡Oh! vosotros genios queridos de mi Patria, que aún dormís en oscuros cementerios, esperad la hora de la reparacion. Tarda para vosotros esa hora pero al fin llega.

Y vendrá como todo lo justo.

Es una deuda y se os pagará.

Y vendrá también un Jesús que eche á los profanos mercaderes del templo de nuestros padres.

XIV

LAS CABEZAS REDENTORAS

—

Instruir es construir dice Víctor Hugo.

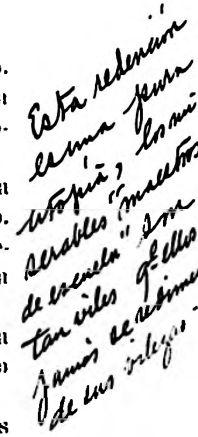
Por consiguiente, la ilustración es la construcción del espíritu humano en todos los pueblos y naciones.

Y los maestros, los arquitectos de la inteligencia, de la razón y del progreso. Construyen la inteligencia, porque la llenan de ideales y la apercíben para la ciencia;

la razón, porque dirigiéndola alumbra la ignorancia y nos ayuda en la vida práctica;

y el progreso, porque solo los pueblos que se ilustran progresan.

Con la ciencia se liberta, puesto que la ciencia es la única Redención que ha redimido en algo á la Humanidad.



Con la razón se liberta también, porque con ella se sale de la triste Bastilla del error y de la ignorancia.

Y se liberta con el progreso, que es trabajo, es ciencia, y todo esto redime.

Ya tenéis aquí á los maestros como grandes redentores del espíritu humano.

Los conductores de la humanidad en su primer mañana

Los fundadores de la sociedad. Ellos, como nuestros padres, despiertan nuestras primeras ideas y recogen nuestras primeras impresiones.

Gozan de la paternidad del espíritu, de la inteligencia y de la conciencia.

Su dirección, sus consejos deciden muchas veces del porvenir de un hombre, y muchas también del porvenir de un pueblo.

Por eso es tan delicada y al mismo tiempo tan levantada su misión.

Ejercen en los destinos de la Humanidad una especie de providencia.

El discípulo es á veces una prolongación de su maestro.

Examidad á Gouven el discípulo de Cimourden.

No le sucedió sino que le continuó, lo

que se exige de las generaciones que progresan.

¿Y qué se necesita para ésta clase de generaciones?

—Ilustración.

Pues se sabe que por el número de escuelas, colegios y Universidades, se mide en un pueblo la cantidad de ilustración; y por ésta se cuenta la suma de progreso.

Así como por la cantidad de pensamiento de un hombre, se calcula la grandeza de su alma.

A mayor ilustración, mayor progreso.

Con ella disminuye la miseria en el hombre y la prostitución en la mujer.

Y creo que cuando se llegue á ilustrar al pueblo, nuestras guerras civiles disminuirán también.

Que haya pues una red de escuelas, colegios y Universidades extendida por todo el país.

Que de la escuela de la aldea se vaya en escala ascendente á la Universidad Central.

Y de ésta á los Ateneos, Sociedades y Academias.

Pero que se cuide de vigilar todos esos institutos, no como han estado casi siem-

pre; sin aparatos, sin mobiliario, sin libros, sin nada.

Y lo que es mas triste todavía, sin pago á los maestros.

Esto es doloroso, pero también es verdad.

Que los formadores de la Humanidad, los incansables obreros de la inteligencia, los incubadores del porvenir, no reciban siquiera ni el triste pago material de su trabajo, de su labor, de su salario!!

Para en cambio estar otros que no forman Humanidad, ni labran inteligencias, ni incuban porvenir; derrochando caudales á que están agregados los sueldos miserables, de aquellos libertadores del espíritu humano.

Oh! Antítesis de los destinos de los hombres!

Oh! Sarcasmo de la suerte!

Oh! fortuna, tú eres villana y torpe muchas veces.

Cuando exijo que haya una red de planteles de educación en todo mi país, se me viene á la memoria que hay quien quiera centralización de estudios.

Sí, ésta sería la más torpe de las centralizaciones.

El monopolio de las Ciencias, éste sí es sangriento.

Y es que se ha creído que las Universidades de los Estados son máquinas de hacer doctores.

El mal no es ese.

Miran al través de la miopía del egoísmo, y por eso ven los efectos y no las causas.

El mal es éste.

Que se descuida casi por completo á esas Universidades, que no se nombran Rectores ni Profesores competentes, que la Central no está en comunicación directa sobre las últimas obras de estudio.

Que no les mandan los instrumentos necesarios para anfiteatros, ni aparatos para la física, la química y la bacteriología.

Pero que las atiendan bien, que las provéan de lo necesario, y saldrán buenos doctores.

No obstante, de esas Universidades han salido multitud de sabios.

Además, la mayor parte de jóvenes que se dedican al estudio son pobres.

Y no pueden por consiguiente sostenerse en la Capital.

Mas todavía, son raros los gobiernos

que ayudan á esa juventud que se está ilustrando.

Por eso les toca llevar la vida oscura y miserable de las guardillas.

Yo conozco algunos de mis compañeros jóvenes, íntegros, de talento que viven en la miseria.

En cambio hay muchos torpes, corrompidos, que deshonran al gobierno y sin embargo viven explotándolo.

Sí, centralización de estudios, para que vengan esos talentos miserables á presentar en la Capital sus harapos de mendigos.

Creo que esta idea sea con el objeto de hacer sabios.

Tonterías! Cuando en esta Universidad se han graduado multitud de topos.

De allí han salido jóvenes doctores que no saben siquiera redactar una carta, coordinar una oración ni producir un pensamiento.

Doctores, que son una burla viviente de las letras y un escarnio de las Ciencias.

Y que mañana no podrán ser hombres de su profesión, de cátedra, de prensa ni de tribuna, por lo torpes que son.

Para eso pedís centralización para graduar topos!!

Que se gradúen talentos, ó jóvenes que, aunque sean rutinarios, sepan la materia.

Eso sí es centralización.

De observación, de estudio en los jóvenes aspirantes.

No importa que la materia no esté muy bien aprendida, si hay talento, el grado no será infamado.

Que venga pues esa red de escuelas en las aldeas, de los colegios en los pueblos y de Universidades en las capitales de los Estados.

Pero que, si no han de ser atendidos como se deben, si no se buscan buenos y doctos profesores, y no se remuneran sus servicios tal como merecen, entonces ... que no venga nada.

Que sigan las sombras, que siga el centralismo, que sigan los monopolios.

Y vosotros, supremos redentores del pensamiento, esperad á que brillen "las cabezas luminosas" para que entonces, brillés también vosotros.

XV

LAS CABEZAS EXTRANJERAS

—

Hay en nuestro país una dominación especial.

Que es una invasión.

Esta existe en todos los ramos del comercio, sociedad, ciencias, artes, culto y hasta en la política.

Ellos, casi en todos nuestros pueblos son dueños únicos del comercio; esa fuente de riqueza nacional la tienen monopolizada.

Sirviendo los venezolanos sólo para dependientes unos y otros para colonos.

Esto prueba lo poco emprendedores y lo nada industriosos que somos.

Cuando dejemos un poco esta política que nos devora y comprendamos mejor

nuestro destino, entonces esas "cabezas extranjeras" serán nuestros amanuenses y colonos.

Esto es lo lógico.

En las empresas que dominan como en las ferroviarias, mandan como señores.

A nosotros, los más indomables de los americanos para ser mandados!

Hay unos que han absorbido este ramo en detal, quitando así el negocio de nuestros comerciantes ambulantes.

Son esa multitud de árabes y turcos que han invadido nuestro suelo con sus ventas ambulantes.

Estos, traen algún bien al país? Ninguno.

Toca pues al Supremo Congreso de la Nación decretar sobre esa especie de especuladores.

Los extrajeros han invadido nuestras sociedades, pero de qué modo!

Dominándolas.

En la mayor parte de nuestros pueblos, basta que sea extranjero para ser digno de alto aprecio y estimación.

Cuántos de estos no serán sino unos pobres diablos allá en sus pueblos. Cuántos!

Pero nosotros no queremos comprenderlo.

Han invadido las ciencias y cuando han entrado en escena, los venezolanos han salido por los pasillos.

Llegan como médicos y muchos sin revalidar título, sin nada se declaran en su profesión. Y no hay prensa ni gobierno que vigile ésto.

Se encuentran en el clero, y lo que es mas, formando congregaciones para civilizarnos por medio de misiones.

Necios! Que vayan sí á las selvas del Orinoco á predicar sus doctrinas!

Que busquen semi-salvajes y los civilicen; esa es la obra del cristianismo.

Pero que se repartan de tiempo en tiempo por los pueblos cultos del país para explotarlos, predicando una cosa que conocemos desde niños; esa es una insensatez, un escarnio y un insulto.

Y yo los he visto, oh! vergüenza! clavando cruces en nuestros pueblos, como en épocas de conquista.

Predicando bajo los árboles, en los caminos y en los campos la llegada del Mesías.

Nos han insultado de ese modo y sin

embargo los gobiernos, no recojen esa ofensa inferida al pueblo.

¿Cual es entonces la misión del gobierno?

Velar, decretar y promover todo lo que tienda al progreso de su Patria.

Como también rechazar y condenar todo lo que tienda a desdecir de su adelanto y humillar al espíritu nacional.

Pues bien, yo acuso á esos que vestidos con el manto del sacerdote y en nombre del Cristo, nos van á predicar los principios de la conquista.

Los acuso porque nos insultan, creyéndonos salvajes.

Los acuso porque nos degradan, creyéndonos imbéciles.

Y los acuso, en fin, porque nos explotan en nombre de sus doctrinas.

De esta clase de clérigos era á quien me refería, cuando hablaba de las especulaciones de "las Cabezas Sagradas".

El dominio de afuera lo tenemos también sobre nuestras letras, y como no han invadido nuestro territorio literatos extranjeros, en número suficiente para formar escuela, han tomado sus libros para imitarlos.

Esa es una de las maneras de ser servil.

Este maldito ambiente del servilismo ha corrompido todo.

Desecharlo de nuestra atmósfera, siquiera sea en parte, será obra de las evoluciones del tiempo.

Oh! esperar el últimio mandato de los hombres de letras de ultramar, para poder estampar nuestras ideas, es vergonzoso.

Tenemos, pues, que el elemento extranjero ha invadido nuestro comercio artes, culto, letras y por último la política.

Esta es la más delicada para nosotros.

Puesto que vienen cubiertos con un ropaje, ropaje sagrado en todos los países.

Su nacionalidad extranjera.

Entran con careta y nunca se la quitan.

Estos son los más temibles y al mismo tiempo poderosos.

Casi siempre engañan.

Pues repito, van cubiertos con su bandera.

Para revolucionar, para trabajar en nuestras insurrecciones y para los puestos públicos son venezolanos.

Pero cuando sufren en algunas de las revanchas de nuestras contiendas civiles, y pierden algunos bienes materiales, entonces son extranjeros y reclaman en nombre de su Nación.

Este modo de proceder es cínico. Halagador para ellos y degradante para nosotros.

Para ellos, porque á pesar de inmiscuirse en nuestros combates políticos y sacar su ganancia en ellos, no exponen su fortuna.

Y para nosotros, porque nos humillan con sus reclamos diarios en nombre de sus naciones.

Pues desgraciado del gobierno si llegan á perder algo.

No sólo reclaman su valor estricto, sino que lo hacen con interés crecido.

Pues ¡para cortar de una vez todos esos abusos, y evitar á nuestra pobre Patria tantas reclamaciones, hágase una ley.

Toca al Supremo Congreso decretar: que, además de quedar todo extranjero, que pisa nuestro suelo, sujeto á las leyes del país; todo aquel que perdiere algo ó mucho de sus bienes de fortuna por causa de nuestras guerras civiles, carece en

absoluto de reclamo al gobierno en nombre de su Nación.

Sólo sí, podrá hacerlo como nosotros, á nuestro gobierno y como venezolanos.

Si no se acojen á esta ley, pues que no vengan.

Para venir á cobijarse con su bandera extranjera, conspirar contra nuestros gobiernos, y después, si llegan á perder algo, reclamarlo en nombre de su país: no los necesitamos.

Necesitamos, sí, Colonias de extranjeros que vengan á laborar nuestras tierras.

Raza de trabajadores. Necesitamos Colonos.

Pero no necesitamos "cabezas extranjeras" que vengan á dominar el comercio, las artes, el culto y mucho menos la política.

Por encima del Venezolano, sólo su Destino y Dios.

Por debajo de él, todos los hombres, razas y pueblos que quieran acojerse.

FE DE ERRATAS

—

Pág.	*Dice*	*Léase*
6	han.....	ha.
11	paso los.....	paso á los.
31	su	un.
«	Estas.....	Estos.
40–41	ramera.....	rameras.
50	marcado.....	marcada.
68	indicisos.....	indecisos.